limbo
Núm. 29, 2009, pp. 119-130
ISSN: 0210-1602

Artículos

Un diálogo en el limbo: Santayana y el pragmatismo sobre la verdad*

María Aurelia Di Berardino

Resumen

En ocasiones se señala a George Santayana como un miembro más de esa doctrina tan viva y por lo mismo variada —al decir de Charles Peirce— que tiene a William James como uno de sus representantes más sobresalientes: el pragmatismo. Sin embargo, a poco transitar la filosofía de Santayana nos encontramos con su versión de la "verdad". Esta versión, que declara a la verdad como excluida de las posibilidades de la opinión, propicia el desencuentro con el pensamiento "típicamente" americano. Esta bifurcación que para muchos no comprometería su teoría del conocimiento, implicaría, en último análisis, una confrontación más radical y, tal como intentaremos exponer aquí, una que surge de temperamentos y culturas prácticamente irreconciliables. En ese caso, el diálogo entre Santayana y el pragmatismo se oscurece en el instante mismo en que comienza.

Abstract

George Santayana is sometimes identified as a member of Pragmatism — a doctrine so alive and so varied, in Charles Peirce's words —, probably because of Santayana's close relationship with its most prominent thinker, William James. Yet there is one serious pitfall to this philosophi-

cal connection, even if loosely conceived: namely, the concept of "truth". Santayana's version of this concept, which excludes truth from the realm of opinion, betrays a deep disagreement with the "typical-American" school of thought. According to some critics, however, Santayana's approach to truth would not affect the nucleus of his epistemology, which they consider purely pragmatic. But, as this paper tries to argue, the whole point should be seen as involving a more radical struggle: that which emerges from a confrontation between two different temperaments and two different cultures. In that case, perhaps the dialogue between Santayana and Pragmatism was doomed to fail from the beginning.

En su libro *Los reinos del ser*, Jorge Santayana menciona que *la verdad es como la luna, hermosa pero muerta*. Y que registra, de algún modo, la memoria del universo. Desde ese lugar que no constituye *perspectiva*, la vida se deja ver bajo la forma de la eternidad o sin más veladuras, bajo la mirada de la muerte. La verdad así, no puede nunca ser confundida con el conocimiento de la verdad; trampa que atraviesa la filosofía y que oscurece la tragedia humana que no es otra que estar frente a frente a ese segmento del reino de las esencias del que ha sido expulsado todo: el yo, la memoria, la naturaleza y la experiencia. Sostiene así que "La verdad absoluta no es una opinión viva, ningún juicio real, sino simplemente el segmento del reino de la esencia que la existencia ilustra" [Santayana (2006), p. 15].

Decir que la verdad absoluta no es una opinión (como tampoco la suma de todas las opiniones posibles) significa afirmar, según este autor, que aquélla no es un acontecimiento. Pensar desde la eternidad implica un punto cero desde el que se puede rastrear la historia de los acontecimientos, una cima en la que puede fijarse la medida del movimiento, pero verdad absoluta es idealidad, esencia, atemporalidad, siempre renuente a su captura. Porque la verdad es, en este contexto, algo que combina raramente la belleza con la muerte. Que se la busque es algo natural para Santayana, pero la imagen de la luna es una advertencia: la verdad y la belleza no son idénticas, la

verdad también es el rostro del espanto de la bárbara existencia. Y aunque liberadora de este ser-en-el-mundo, la libertad que con ella obtenemos se alcanza atravesando el pesar. Es, como suele afirmar, la redención por la cruz.

> Cuanto más inhumana resulta ser la verdad, cuanto más cruel o triste, tanto mayor es la conquista de sí mismo envuelta en encararla, en desechar falsas esperanzas, y en atrincherarnos a nosotros mismos inexpugnablemente en nuestra insignificancia [Santayana (2006), p. 439].

A esa verdad que libera del tiempo y la experiencia se accede pero no remontándonos desde nuestras experiencias finitas y nuestros a veces logrados conocimientos: se nos revela. Este trance que hace de la verdad, una revelada, no se eterniza: pronto da paso nuevamente a la existencia. Daniel Moreno lo explica en estos términos:

> Ante la imposibilidad real de eliminar la existencia salvo con la muerte, Santayana habla de un momento en que ésta se *olvida*, se *suspende*, un momento en que el hombre está como muerto. En la fase inmediatamente anterior o posterior al éxtasis es cuando se recupera la memoria y se puede filosofar. En el trance se está ante la esencia... Todo lo que queda fuera de las esencias... es objeto de la *fe animal* [Moreno Moreno (2007), p. 186].

Fe... palabra para nada ingenua en este contexto porque remite a la noción de *creencia* que a la vez dota de sentido la idea de que las "verdades" del mundo son opiniones, tablas de náufragos a las que nos aferramos para conjurar los males de la existencia. El revés de la trama está constituido por las esencias que, claro está, no es algo en lo que se ha de creer. El autor suele afirmar que las esencias son nada más que categorías o distinciones meramente conceptuales; una pintura peculiar por medio de la cual este filósofo encauza su pensamiento. Pero es cierto que hay implicaciones más profundas en el reconocimiento de las esencias para la filosofía de

Santayana. Por un lado, éstas explicarían el conocimiento simbólico casi, diríamos, como el contrapunto obvio del conocimiento literal cuyo objeto son las esencias.[1] Y por otro, ponen en perspectiva el límite del conocimiento humano y las "pretendidas" verdades que por él son alcanzadas. Explican entonces, y limitan. Constituyen el punto de fuga de toda experiencia posible y en el caso peculiar de la verdad, ilustra la necesaria relatividad de nuestros aciertos y errores.

Ahora entonces, damos paso al interlocutor de este diálogo —muchas veces asociado a la figura del filósofo español— y que podría asumir la voz si no de todos, al menos de algunos pragmatistas. Este temperamental portavoz no es otro que William James, maestro y contrincante selecto. James y la verdad; James y la encarnación del bárbaro; James y la experiencia. El que se sospecha tras esta afirmación de Santayana: "Lo que niegan (los críticos) es sólo la existencia de cualquier opinión en la cual la verdad esté contenida de una vez por todas y sin salvedades" [Santayana (2006), p.450].

El que confunde, como tantos otros, la verdad con el conocimiento de ella. Un filósofo que comete el error, por momentos imperdonable, de absolutizar lo relativo del conocimiento humano. La crítica de Santayana apunta hacia ese carácter poco radical y por lo mismo, infantil, del pensamiento jamesiano: cuando se trata de ser escéptico o para el caso, modesto con las pretensiones de conocimiento, hay que serlo hasta las últimas consecuencias. Decir que la verdad es el nombre que damos a los procesos de verificación, tal como hablamos genéricamente de la salud o de la riqueza para dar cuenta de otros procesos que nos conectan con la vida,[2] suena a herejía a Santayana. Revela el antropomorfismo que encadena la verdad al yo y a la experiencia de ese yo:

> Aquí vemos esa curiosa autodegradación latente en el egotismo. Parece que está convirtiendo uno su propio yo y experiencia en absolutos; sin embargo, por esa misma arrogancia, se deshereda uno de todo dominio intelectual sobre cualquier cosa, y renuncia al pensamiento mis-

> mo de un conocimiento natural o de una verdad genuina. Y este sino se apodera del empirista y del pragmatista no menos que del idealista absoluto que lo admite francamente, y que piensa que es la prueba de su divinidad esencial [Santayana (2006), p. 380].

La verdad pragmática —que en ocasiones Santayana desarticula siguiendo la clásica crítica de Russell— es una verdad construida desde el barro de la experiencia que para el filósofo de Ávila, justamente no enseña nada.

Ambos, los pragmatistas (James específicamente) y Santayana, acuerdan en hablar de *verdades*. Pero mientras James justifica la pluralidad de las mismas en el curso mismo de la experiencia, Santayana duplica las instancias y redobla la apuesta: porque hay una verdad absoluta es que hay *verdades*. Porque hay literalidad hay simbolismo. Y de este modo mientras que James encarna al filósofo apremiado por el tiempo del mundo, Santayana recuerda con nostalgia su paso por el limbo.

La idea general del diálogo aquí esbozado es, en primer lugar, contraponer dos versiones acerca de la verdad con el objeto de mostrar hasta qué punto son extraños el pragmatismo y la filosofía de Santayana. En segundo lugar, sumarme a otro diálogo que intenta analizar el peso de tradiciones diferentes a la hora de definir no sólo un concepto como el de verdad sino también la tarea misma de hacer filosofía.

I. La luna y el pastor

He señalado, que al menos en lo que a la verdad concierne, no puede identificarse a Santayana con el pragmatismo. Es cierto que Santayana se declara ecléctico cuando construye su sistema filosófico y que claramente quedan expuestas algunas filiaciones o aires de familia en temas tales como las esencias, la relatividad de las opiniones, etc. Y así uno podría recordar al *Parménides* de Platón y los labe-

rintos en los que las ideas y la participación en las ideas juegan a perder al *Minotauro*. Y rememorar también la concepción de Charles Peirce sobre la falibilidad del conocimiento humano y la opinión destinada a ser verdadera. De modo tal que uno podría presentar a Santayana como un epistemólogo pragmatista con una fuerte convicción metafísica de corte platónico. Pero ésta es una pincelada demasiada grosera y no hace justicia, creo yo, ni a Santayana ni al pragmatismo.

¿Se puede, acaso, ser pragmatista y a la vez proponer como "cura de humildad" una verdad que excede la existencia? Santayana *no* puede ser pragmatista. Viene de otra orilla, recita otros versos, bebe otros vinos: es la vejez frente a la juventud. La tierra que ya ha dado luces, sombras, otra vez luces contra la tierra que nace y se glorifica con el desborde imaginativo que caracteriza —según sus palabras— a esta infancia que es América. Su escepticismo radical, por medio del cual se acerca a la sistematización de su pensamiento, no refiere a los sistemas pasados: es un escéptico del ser entendido como existencia. Desde este lugar, el pragmatismo —aún con su costado trágico— aparece como demasiado optimista, todavía cree que puede constituir una nueva manera de hacer filosofía, que tiene para ofrecer una concepción diferente sobre la verdad. O lo que es igual, el toque escéptico de los pragmatistas apunta a los errores del pasado, nunca radicalizan esta postura para condenar el futuro. Si siguiéramos a Santayana diríamos que el pragmatista *cree* mientras que él, *ve*.[3] Y aquello que ve el filósofo español es una verdad sin bordes como la luna y todo lo que puede hacerse tras la visión, no es reformar el mundo, no es ahogarse en el tiempo y la fugacidad de la experiencia, sino proclamar tranquilamente que "el negocio de un filósofo consiste más bien en ser un buen pastor de sus pensamientos" [Santayana (2006), p. 15].

Porque como hemos dicho, la verdad absoluta no es cuestión de creencia y por lo mismo, no obliga a nada. No tiene ningún poder sobre lo existente, es incapaz de dar algo de sí, excepto —entiendo yo— el contraste necesario para no caer en el pecado de la arrogancia.

Resulta extraño, sin embargo, que se proclame tan estéril a esta verdad (entiéndase *estéril para la existencia*) cuando su mera visión es garantía de moral, de amor y tan desagradable en ocasiones, que hace posible la belleza y el arte. Y siendo así, un filósofo que ha visto y vuelve al mundo templado su ánimo y tranquilo su espíritu para no demorarse más en los aconteceres, ¿no es tan arrogante como aquel que piensa desde su experiencia como medida y razón para creer?

II. El desafío de Sísifo

Tan afecto a la poesía como lo fuera Santayana, no encontraría muchos reparos en caracterizar a William James con aquella frase de Píndaro: "Alma mía, no aspires a lo inmortal, pero agota el campo de lo posible". Así visto, James estaría en la colina llevando su pesada carga una y otra vez. Lo inimaginado de la escena es que el pragmatista, en buena parte del trayecto, sonríe. Es que la verdad es un proceso, podría estar diciendo. Y lo que importa es que tarde o temprano, esta idea nos conducirá a otros sectores de la experiencia que harán de nuestra peculiar manera de estar en el mundo, algo más pleno y fecundo. No importa si apenas terminado el trabajo tengamos que remontar el cauce de la experiencia nuevamente, otra idea reclamará su parte y tendrá que ser confirmada por su respectivo proceso de validación. Una idea queda validada porque deviene un objeto. Ese objeto es el afirmado por la idea que inicia un proceso de verificación, que se recorta sobre ese flujo que es la experiencia sólo en virtud de la relación también experimentada del sujeto y su mundo.

> The object's advent is the significance's verification. Truth, in these cases, meaning nothing but eventual verification, is manifestly incompatible with waywardness on our part. Woe to him whose beliefs play fast and loose with order which realities follow in his experience: they will lead him nowhere or else make false connexions.[James (1975), pp. 106-107].

Esta idea de que la verdad permite las "buenas conexiones" en la experiencia, es de vital relevancia dado que, *y valga la redundancia*, identificar algo como verdadero supone una ganancia en el terreno de la adaptación de los sujetos. Esto equivale a decir que la verdad concebida desde la inmanencia, desde el orden de lo que existe, es una verdad que *obliga*. La verdad de Santayana no condiciona absolutamente nada, la de James y el pragmatismo exige su persecución porque en ello se nos va la vida. Pero así como el que algo sea veneno o cura depende de la dosis, las verdades que hoy nos salvan, pueden condenarnos mañana. La pluralidad del mundo, la infinita apertura de la experiencia complotan para que las cosas sean definitivas. El pasado es prueba, bastante fiable, de que el mundo ha admitido novedades bajo el sol y de que muchas creencias fueron pero dejaron de ser. James admite la inestabilidad de la experiencia y tanto de la pasada como de la futura. Pero admite y celebra, también, la capacidad humana para estrechar los márgenes de incertidumbre. Lo primero, es decir, que la experiencia es caos, riesgo y ausencia, es el costado trágico del pragmatismo. Sin embargo, está la contrapartida a la mano para no dejarnos vencer por la desesperanza: la cruda y ciega experiencia se deja amasar por nuestras manos humanas, por nuestra *psique* animal y efímera. La experiencia contiene en sí todas las posibilidades y el ojo atento no puede desviarse de ella: un filósofo está allí, mezclado en el mismo barro que admite la ruina y la gloria. La experiencia no tiene bordes como la verdad-luna de Santayana y está viva, palpita, y su mero darse confuso hasta el espanto es suficiente para erradicar el orgullo. Hay verdades, y ellas contienen también el germen de su falsedad.

> The 'absolutely' true, meaning what no farther experience will ever alter, is that ideal vanishing-point towards which we imagine that all our temperory truths will some day converge. It runs on all fours with perfectly wise man, and with the absolutely complete experience; and, if these ideals are ever realized, they will all be realized together. Meanwhile we have to live to-day by what truth we can get to-day, and be ready to-morrow to call it falsehood [James (1975), p. 99].

La verdad para James, siempre es cuestión de creencias y en ese punto, el diálogo con Santayana se vuelve confuso: la verdad absoluta del español no contempla la experiencia porque, entre otras cosas, no tiene carnadura en lo que existe. En contrapunto, la verdad pragmática revela su condición antropomórfica. Es una verdad que no es, sino que se hace. Y la hacen estos seres precarios que a pesar de lo absurdo de su condición se permiten soñar, creer y sonreír en la víspera de su propia muerte. Y la confusión agrega otro matiz porque Santayana acusa al pragmatista de no entender el sentido de la palabra "verdad". Dice por allí, cuando analiza la filosofía de Bertrand Russell que el pragmatismo confunde la verdad con la corrección. Las pretendidas verdades no son más que instancias correctas de dirigir la acción, pero Verdad se dice de otra manera.

Un pragmatista no admitiría entre sus voces a quien incurre en la misma crítica que los más recalcitrantes objetores de esta forma de pensar. James suele afirmar que si un racionalista tiene algo que objetar sobre la concepción pragmática de la verdad, que primero muestre sus credenciales. *Dígame usted entonces, qué entiende por verdad.* Y el diálogo se contamina y vuelve a empezar. El diálogo mismo es una alegoría de Sísifo, porque en el fondo no puede zanjarse la diferencia entre uno y otro sin contraponer sus orígenes y temperamentos.

III. Un cuadro y un poema

La concepción de la verdad en el pragmatismo supone una idea de experiencia que amalgama en un mismo pulso vital lo real y lo posible. El hombre es visto entonces como una criatura que hace de lo posible una realidad y de la realidad un lugar donde habitar. Lo hace desmalezando lo incierto, volviendo estable lo caótico, aunando —tal vez— la esperanza y el conocimiento. Y este obrar no está pensado para mencionarse en un épica de cómo es que fuimos héroes, sino para ir gestando cada vez más humanidad. El apremio del día es real y no es despreciable dedicarle nuestro tiempo como filósofos —aunque

Santayana pretenda eludir esta opción, tal vez poco estética, de la actividad del pensar. Este apremio nos cuenta qué nos hace falta aún para tomarnos unas vacaciones morales. El dolor de hoy nos da indicios de cómo obtener la alegría de mañana, y es por ello que James se puede permitir una sonrisa en la colina. ¿Por qué después de tanto esfuerzo por subsistir no tenemos derecho a decir que aquello que nos ha asegurado dos minutos de respiro no es lo verdadero? ¿Por qué la verdad tendría que ser tan sólo un nombre para referirnos a dios?

Rey muerto, rey puesto: a falta de dios, tenemos la verdad. Santayana puede expulsar del cielo a dioses y demonios, pero la verdad permanece como un atributo oculto que expresa posibilidad y se aleja y se limpia de los pensados roces de la existencia. Un atributo que se ve, y el problema es cómo, qué es esta visión sino una forma de experiencia, quién puede ver y no meramente creer, para qué esta verdad después de todo. La perspectiva se pierde, y con ello, todo rasgo de humanidad.

Esta manera de contraponer dos "verdades" no es sino una forma de decir con Santayana que bajo cualquier cielo, su filosofía hubiera resultado la misma. Su estancia en Estados Unidos no fue suficiente para desmontar años de tradición, una que lo llevó muy lejos de la filosofía americana. Digo que tanto la versión de la verdad pragmatista que se me ocurre demasiado humana y la otra, más ascética, bien podrían ser el reflejo de dos tradiciones que, en primer lugar se revelan ancladas en modos distintos de hablar de experiencia. Y en última instancia, *experiencia* para unos y otros, remite o encuentra un eco en un tipo peculiar de experiencia: me refiero ya a la relación entre lo humano y lo divino. Para ilustrarlo, me asisten un cuadro y un poema.

El cuadro es de Dalí; su versión del Cristo de San Juan de la Cruz. Ilustra la verdad de Santayana. ¿A quién sino a un místico, pudo ocurrírsele esa perspectiva? Es una perspectiva que no es. Y si lo es, no es humana. Un hombre no ve a Cristo y a la verdad de su cruz sino desde el suelo. Pero en esta verdad allí plasmada, dios contempla a un Cristo y a la humanidad toda. Es el punto de fuga desde el que Santayana con-

cibe la verdad. Puede contar una historia, la de Cristo triunfante sin rastros del tormento: en esa instancia, sencillamente, Cristo no existe.

El poema es de Borges, se titula "Cristo en la Cruz" [Borges (1985), p. 146] y basta, entiendo, un fragmento para rememorar la verdad jamesiana:

> La negra barba pende sobre el pecho.
> El rostro no es el rostro de las láminas.
> Sabe que no es un dios y que es un hombre que muere
> con el día. No le importa.
> Le importa el duro hierro de los clavos.
> No es un romano. No es un griego. Gime.
> Ha oscurecido un poco. Ya se ha muerto.
> Anda una mosca por la carne quieta...

Departamento de Filosofía
FAHCE-Universidad Nacional de La Plata
calle 48 entre 6 y 7, La Plata, Buenos Aires (C.P. 1900), Argentina
E-mail: aure.diberardino@gmail.com

Notas

* El presente ensayo fue realizado en el marco de los proyectos de investigación: "Esfera pública, conflicto de valores y experiencia social: una perspectiva pragmatista" (FFI2008-03310/FISO) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España (2008-2010) dirigido por el Dr. Ramón del Castillo y "La filosofía de George Santayana: una interpretación contemporánea" (PAI08-0158-2329), investigador principal: Ángel Manuel Faerna García-Bermejo (Universidad de Castilla-La Mancha, España).

Este trabajo refleja algunas consideraciones surgidas a partir de la conferencia que impartiera el Dr. Ramón del Castillo (UNED) en el Philosophy Dpt. at Texas A&M University, College Station, Texas, USA (29 de noviembre de 2007) y cuyo texto se encuentra actualmente en prensa. Agradezco al Dr. Del Castillo que me haya permitido hacer uso de su excelente trabajo para agregar

estas anotaciones. Cabe mencionar que el autor avanzó argumentos similares en "Portrait of an Anxiety:Santayana on James", en *Under Whatever Sky. Contemporary Readings of George Santayana*, Flamm, M. & Skowroński, C. (eds.), Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, England, 2007, págs. 121-129.

Agradezco al Dr. Ángel Manuel Faerna —organizador del primer seminario internacional sobre la filosofía de George Santayana realizado en Toledo en noviembre de 2008— la oportunidad de debatir en dicho ámbito una versión del presente trabajo. Y a los doctores Daniel Moreno, José Beltrán y Julio Seoane por sus comentarios críticos.

1. "The symbolic medium of transitive knowledge would hardly have been overlooked, if literal knowledge did not exist also, in a different sphere. Literal knowledge is acquaintance with essence, esthetic or logical intuition or construction..." [Santayana, George (1918) p. 436].

2. Cf. James, William, *Pragmatism*. Lecture VI: Pragmatism's Conception of Truth.

3. Daniel Moreno señala: "Si los empiristas fueran más escépticos tendrían que admitir que, a menudo, cuando dicen *ver* están creyendo porque es difícil quedarse ante el objeto de la intuición reducido a sí mismo, sin añadirle nada" [Moreno Moreno (2007), p. 186].

Referencias bibliográficas

Borges, Jorge Luis (1985), *Los conjurados*, Madrid, Alianza.

Moreno Moreno, Daniel (2007), "George Santayana ante los límites del sentido común en John Locke", *Azafea*. Revista de Filosofía, vol. 9, pp. 179-200.

Santayana, George (1918), "Literal and Symbolic Knowledge", *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, vol. 15, N. 16, pp. 421-444.

— (2006), *Los reinos del ser*, México, Fondo de cultura económica. Traducción de Francisco González Aramburo. Reimpresión de la edición de 1959.

Burkhard, Fh.; Bowers, F.; Skrupskelis, Ik. (eds.) (1975-1988), *The Works of William James*, 17 vols. Cambridge, MA: Harvard University Press, vol. 1 (1975) *Pragmatism*. Las citas elegidas se corresponden con las siguientes páginas de la edición de Alianza (estudio introductorio y traducción de Ramón del Castillo): pp. 173 y 184-185. [James, William (2000), *Pragmatismo*. Madrid, Alianza Editorial].